

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

V

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (5)
CÓRDOBA CRISTIANA

J.M. DE BERNARDO ARES
COORDINADOR



DE CIENCIAS
BELLAS LETRAS
NOBLES ARTES
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA
1810

2021

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (5)

CÓRDOBA CRISTIANA



JOSE MANUEL DE BERNARDO ARES
COORDINADOR

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2021

JOSÉ MANUEL DE BERNARDO ARES
Coordinador

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS
CÓRDOBA CRISTIANA

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2021

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS
Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

CÓRDOBA CRISTIANA
Coordinador: José Manuel de Bernardo Ares
(Colección *T. Ramírez de Arellano V*)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles
Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-124018-9-9
Dep. Legal: CO 1210-2021

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

DE LA AGRICULTURA ANDALUSÍ A LA ANDALUZA

JOSÉ IGNACIO CUBERO SALMERÓN

Académico Correspondiente

Universidad de Córdoba

IN MEMORIAM:

Dedicado a Manolo Pineda,
gran universitario y académico,
y, sobre todo, gran amigo.

Cuando se trata de describir la Córdoba cristiana, es decir, la Córdoba reconquistada e integrada en el Reino de Castilla, en lo que respecta a la Agricultura es preciso hablar del antes y del después de una manera aún más clara, si cabe, que en otras ramas del saber. Se comprenden perfectamente las modificaciones en la organización y en la propia estructura social, en arquitectura y en todo tipo de arte. Pero las habidas en la agricultura no llegan a comprenderse: son dos mundos distintos y no simples modificaciones, no tiene mucho sentido hablar tan sólo de una agricultura «cristiana» y hay que preguntarse la razón de un cambio tan abrupto.

Por supuesto que la caída del Califato no había favorecido la vida rural, pero aún se vivía una época de esplendor en la literatura agrícola, produciendo un conjunto de obras sin par no sólo en todo el mundo musulmán, no sólo árabe, sino que no fue superado en mi opinión hasta los grandes tratadistas que comenzaron a asomarse al mundo en el XVIII. Y en vez de utilizar toda esa sabiduría, se la sepultó durante siglos. Es necesaria, pues, una comparación entre un antes y un después, un después que llega prácticamente hasta la época moderna.

1. La agricultura andalusí

La riqueza intelectual

Como acabo de decir, la tradición grecorromana llegó al mundo árabe por medio de traducciones realizadas muy pronto en el Próximo Oriente tanto bajo los Omeyas como bajo los Abasíes. El núcleo principal lo constituían, lógicamente, tratados o recopilaciones griegas. Lo dice Ibn Jaldún al hablar de un tratado mítico entre los árabes, *La Agricultura Nabatea*: «El libro, cuya composición se atribuye a sabios del pueblo nabateo, aquel que lleva por título *La agricultura nabatea* y “que fue una de las obras griegas que se han traducido” [al árabe]...»¹.

Un viajero que visitara toda la región mediterránea no se extrañaría del conjunto de prácticas mostrado ante sus ojos, y un lector de Columela no se sorprendería al leer los textos de Ibn Bassal o de al-Awam.

Los escritores andalusíes no se quedaron en el aprendizaje de antiguos textos, sino que intentaron una profundización en conceptos teóricos aprendidos de los griegos y, en general, intentaron separar las supersticiones tan arraigadas en las prácticas antiguas y que, lamentablemente, encontraron acogida en los textos, así como las supuestas influencias lunares, planetarias y siderales, aún perceptibles pero muy debilitadas en nuestros autores y que, sorprendentemente, llegan a nuestro días con franco éxito en la agricultura llamada «biodinámica». De nuevo el gran historiador: «Ibn al Awam [lo conformó] al plan [musulmán] y desde entonces el otro arte [la magia] fue relegado al olvido»².

La nómina de autores andalusíes es impresionante, como ya he dicho, no superada hasta la llegada de la agricultura científica en el siglo XVIII. Le cabe el honor a Córdoba de haber producido la que pasa por ser la primera obra en que la agricultura es protagonista, el llamado hoy *Calendario de Córdoba*, aunque hay que decir que el protagonismo lo comparte con otras materias, en particular la predic-

¹ IBN JALDÚN: *Al Muqaddimah (Introducción a la Historia Universal)*, México, 1977, libro VI, cap. 20.

² *Ibid.*

ción meteorológica, tema éste que fue, según parece, el inicial de la citada obra. Escrito a mediados del siglo X, posiblemente durante el reinado de Abderramán III pero dedicado ya Alhaquen II, se piensa que en su redacción participaron dos autores³: el obispo Rabi ibn Zayd, Recemundo en el mundo cristiano, y el alto funcionario palatino Arib Ben Sa'ad, a quien se le atribuye un texto puramente agrícola anterior, que, en caso de aparecer, sería indiscutiblemente el primero en Occidente desde Paladio. Sea como fuere, las noticias agrícolas que nos da son del mayor interés; aparecen datos, y no simples menciones, de la palmera datilera, de la caña de azúcar, del algodón, el cártamo, la sandía, la berenjena, del gusano de seda... Todo ello novedades en Occidente. Y sabemos que fue un texto influyente en autores coetáneos como *Ibn Assim* y posteriores como *al-Awam*.

Mención especial merece *Ibn Bassal*, creador y conservador del Jardín Botánico de Toledo, tras cuya caída en 1085 se refugió en Sevilla donde siguió trabajando y donde creó un escuela que tuvo larga repercusión; entre sus discípulos figuran «el Botánico Anónimo de Sevilla», *Abu al-Jair* y *Ibn Hayyay al Ishbilí*, asimismo sevillanos, como lo fue el más conocido entre todos, algo más tardío, *Ibn al Awam*, autor de una obra monumental por la enorme cantidad de información de conocimientos propios y de otros autores, muchos de los cuales serían hoy desconocidos si no fuera por las largas citas que de ellos trae. Basten simples menciones de otros autores andalusíes como los granadinos *Al Hajj al Tignarí* y *al-Arbulí*, el almeriense *Ibn Luyun* y el malagueño *Ibn Baytar*, más médico y botánico («el Dioscórides español del siglo XIII» lo llamó Menéndez Pelayo) que agrónomo, aunque bien es verdad que hasta tiempos relativamente recientes las tres profesiones no estaban tan separadas como hoy se las tiene, y de ello es buena prueba el ya citado *Calendario de Córdoba* con su caótica mezcla de cultivos, plantas medicinales y prescripciones farmacológicas y médicas. Justamente un médico cordobés tuvo también amplia repercusión fuera y dentro de su patria: *Abulcasis el Zaharawí* (o sea, «el de Medina Azahara»), citado innumerables veces por *al-Awam* por haber sido una autoridad en los procesos de destilación.

Es curioso que gran parte de todo este conocimiento y de la no menos importante labor de recopilación de lo que otros autores, ante-

³ Y aun posiblemente pudo intervenir un tercero como compilador.

riores y coetáneos, habían escrito, tuviera tan escasa repercusión en la España cristiana y, por supuesto, en la Córdoba conquistada. Una excepción es el cordobés del siglo XI *Ibn Wafid*, único autor hispanomusulmán citado por Gabriel Alonso de Herrera («el moro Abencenif»), el primer tratadista de agricultura de la Era Moderna.

Las prácticas agrícolas

Hicieron buen uso tanto del instrumental como de las operaciones agrícolas romanas, más intensificando su uso que inventando y modificando. Sea por una u otra razón, el vocabulario español le debe un sinfín de palabras al árabe; he aquí algunas: «acequia», «almiar», «alcantarilla», «aljibe», «alberca», «alcorque», «noria», «aceña...». Muchas no derivan, según los lingüistas, del árabe clásico sino de las variantes dialectales andalusíes, lo que habla aún más claramente de la fusión entre la cultura agrícola anterior y la nueva. Y quizá valga la pena señalar una buena cantidad de palabras tenidas normalmente por derivadas del árabe por llevar el prefijo *al-* y que son modificaciones de palabras latinas, o bien ya andaluzas, con el típico prefijo que «arabiza» automáticamente en la opinión común. Por ejemplo, «albaricoque», que transformó el nombre de una variedad que se creía de melocotón en tiempos de Paladio (s. IV-V) y a la que, por ser muy precoz, se la llamaba *praecoquus*: póngasele el prefijo árabe *al-* a la palabra deformada por el pueblo llano y se tendrá una fruta distinta, el albaricoque. Idéntico origen tienen palabras que pocos dudarían de un origen árabe puro: «alcaparra», «almocafre», «albarrada...». Así pues, aunque hubo pocos cambios en el ajuar agrícola (trillos, aventadores, azadas, hoces, palas anchas para el acarreo, estrechas y agudas para labrar la tierra a modo de palo de cavar o laya, etc.; las formas no cambiaron durante milenios), el léxico se enriqueció como queda dicho con un buen número de palabras «híbridas» que hoy, con la mecanización y la influencia inglesa sobre todo, se pierden irremisiblemente.

En lo que los tratadistas hispanoárabes fueron maestros es en la descripción detallista de toda clase de suelos, aguas y abonos (estiércoles en su mayoría) y, como consecuencia, en el detalle exquisito con que recomiendan usos concretos para cultivos y situaciones dadas: tal suelo, tal agua y tal tipo de estiércol para tal cultivo. La lectura se hace tediosa por ese cuidado tremendamente meticuloso. Fue, como en el

caso del riego, la necesidad de adaptarse a condiciones más difíciles que las que conocieron los romanos. El resultado fue un aumento notable en el conocimiento de tierras, abonos, aguas y labores para cada cultivo. Los andalusíes recomendaron utilizar «todo tipo de suelo, de agua y de abono», hasta los más sorprendentes (como el polvo de los caminos o tierra de los cementerios... por supuesto, no musulmanes). Si una tierra es yerma, parecen decir, es porque no se la cultiva.

Sobre el regadío conviene hacer una precisión. En primer lugar, se habla de «los árabes» como los grandes maestros del riego, y es cierto que nuestro léxico agrícola contiene una enorme proporción de palabras de origen árabe, también en desaparición. Pero los árabes puros, los de Arabia, poco riego manejaron; procedían de tribus ganaderas, normalmente trashumantes. Fueron los de procedencia siria y, en menor grado, yemení los que lo potenciaron: llevaron el agua por redes de canales infinitamente divididos hasta llegar a los puntos más lejanos, y construyeron terrazas, hoy decaídas por la dificultad y el coste de su mantenimiento. Pero hay que decir que para las redes de riego se basaron sobre todo en los esquemas existentes en el país que ocuparon, es decir, en los que mantenía la población hispanorromana en el periodo visigodo, verosíblemente los existentes ya en el bajo Imperio. Esto no es una aseveración gratuita; en efecto, los trabajos arqueológicos realizados en varias zonas españolas, demuestran que los topónimos, por ejemplo, son de origen latino en el comienzo del esquema de riego y de origen árabe en la periferia. La situación global fue en principio de perfeccionamiento de lo existente, lo que no quita que con el paso del tiempo se convirtieran en los mejores artistas de los jardines.

Impulsaron la rueda hidráulica y las presas de derivación para desviar agua de un río tanto hacia la rueda, para molinería o para elevarla a otro nivel, para uso ciudadano o en la red de canales de riego. Asimismo, las canalizaciones conocidas como «lumberas», «minas de agua» o «viajes fontaneros o de agua» y que hoy se conocen por la palabra árabe, posiblemente de origen persa, *qanat*⁴. No construyeron grandes acueductos ni embalses (tampoco los hicieron los visigodos), pero es muy probable que utilizaran y mantuvieran los ya construidos

⁴ Los especialistas distinguen varios tipos de galerías subterráneas subhorizontales como *qanat*, *mina* o *cimbra*, pero para el presente texto no importan las diferencias técnicas.

en tiempos de Roma. La rueda hidráulica facilitó la construcción de molinos, norias y batanes que fueron aprovechados más adelante en la «pequeña revolución industrial» del siglo XIII. Hubo ruedas hidráulicas para elevar agua de río en toda Andalucía, sobre todo a orillas del Guadalquivir y del Genil; la Albolafia figura en el escudo de nuestra ciudad.

El conocimiento de la agricultura egipcia también permitió la práctica del «entarquinado» aprovechando la inundación de las tierras adyacentes a los ríos o favoreciéndola por medio de presas de desviación para permitir que se depositen los «tarquines» o lodos arrastrados por la corriente para fertilizar el terreno de cultivo. Se ha seguido utilizando hasta tiempos recientes en la provincia de Almería.

Los cultivos

Los nuevos cultivos que aparecieron en Al-Andalus «exigían» riego. A través del Corredor Árabe llegaron, en distintos momentos del periodo, cultivos tales como algodón, ajonjolí (sésamo), arroz, zaína (sorgo), sandía y, más adelante, el naranjo. También algunos otros conocidos pero no muy queridos por los griegos y romanos por lo que se dice a continuación, como frijol o faseol (rebautizado «alubia»), pepino, melón, frutales como el melocotón y el albaricoque (aún los llamamos «damascos»).

Pues bien, todos esos, y varios más, eran cultivos de «nuestro verano», del verano mediterráneo seco y muy caluroso, pero en sus lugares de origen, básicamente en la India, se cultivan durante el monzón, estación de fuertes lluvias que tiene lugar en las mismas fechas que «nuestro» verano, esto es, de mayo-junio a septiembre. Eran plantas, pues, que «necesitaban mucha agua» para vegetar y producir. Ello obligó a los agricultores andalusíes a buscar la mayor eficacia posible en el uso del agua y a llevarla a las últimas parcelas del campo de cultivo. Y si, por ejemplo, querían cultivar algodón o ajonjolí, tenían que hacer la traída de agua desde donde fuera posible, bien por ruedas hidráulicas o bien por azudas o cualquier clase de presas.

Afortunadamente, una buena parte de los primeros colonos musulmanes era de origen sirio, y conocían perfectamente todas las técnicas de manejo del agua por estarlas utilizando desde hacía siglos, mu-

cho antes de la conquista árabe. Sabían, pues, construir y usar «para la agricultura» ruedas, presas y lumbreras. Los especialistas distinguen también sistemas de riego yemeníes, aunque cuantitativamente no tuvieron la misma importancia; se les deben, sin embargo, las terrazas o bancales, destinadas a aprovechar el máximo el agua de lluvia; aún se pueden ver en la provincia de Almería, donde se asentaron principalmente. Son obras asimismo costosas de construcción y mantenimiento, hoy en desuso y en plena ruina en la mayor parte de los sitios, no solamente en España, pues como técnica es universal allí donde hay montañas.

Así pues, el conocimiento, unido a la necesidad, produjeron la intensificación del regadío, de las huertas, del alimento y, evidentemente, de la población.

Los cultivos principales siguieron siendo, entre los herbáceos, el trigo, sobre todo el duro, más adaptado a condiciones áridas que el panadero, y la cebada, planta colonizadora por excelencia y adaptada a toda clase de situaciones, que servía tanto para alimento tanto del ganado como del hombre. El cultivo de estos cereales era el tradicional. El *Calendario de Córdoba* nos da las fechas principales del ciclo, que son prácticamente las de hoy. Se cultivaba en toda Andalucía, especialmente en las campiñas que bordean el Guadalquivir, la de Córdoba por supuesto. Los molinos eran hidráulicos o, como en la época romana, movidos por animales. De todos ellos hay abundantes restos repartidos por Andalucía, con frecuencia en lamentable estado de conservación, a pesar de haber estado en uso hasta hace bien poco.

Había olivares en toda Andalucía pero, a diferencia de la situación actual, la zona más poblada de olivos era el Aljarafe sevillano, donde tuvo su finca *Al Awam* y, posiblemente, en la que escribió su monumental obra. Tanto él como, anteriormente, el *Calendario de Córdoba* dan detalles del cultivo, prolijos en el caso del sevillano; como en el caso de los cereales, tampoco difiere de lo que vemos hoy: plantación de estaca en enero (hoy abandonada, evidentemente, se han impuesto, y con razón, las plantas de vivero), floración en abril, cosecha a partir de octubre.

La vid, otro de los antiguos cultivos «estrella», siguió siendo la misma «estrella» a pesar de las prohibiciones coránicas, pues los hispanomusulmanes, que eran en el fondo hispanorromanos, no debieron

entrar de lleno en las nuevas prescripciones religiosas. El caso es que en Al-Andalus se bebía vino, y a veces en demasía. Hubo tolerancia oficial, cambiante según los tiempos pero bastante constante según se deduce de lo que escribieron los cronistas. Y no se debe olvidar que cristianos y judíos, que siguieron siendo numerosos en Al-Andalus, sí que bebían vino. A pesar de la escasa importancia que le dedica Al Awam en su texto, hubo viñedos en toda Andalucía, hasta en lugares en los que hoy sería difícil hallar una cepa. Como en el caso del olivo, las diferencias que nos da el *Calendario de Córdoba* en las fechas de las operaciones de cultivo son irrelevantes. No hay que pensar sólo en la uva para vino: la pasa era una conserva común en todas partes, y la de Málaga adquirió reputación tanto como para exportarla.

Otro cultivo arbóreo de relevancia fue la higuera. En árabe, la palabra genérica para «árbol» es la misma que para «higuera» (como en latín *malum* vale para «frutal» y para «manzano»).

Un árbol de especial importancia fue el naranjo. Llegó, como tantos otros, de la India por el Corredor árabe, pero llegó en mal momento: los almorávides, llamados por las taifas que sentían el aliento de los cristianos del norte, estaban eliminando política y físicamente las mismas dinastías que los habían reclamado. Llegó entonces el naranjo amargo, para cocina, conserva y medicina. Es comprensible que se lo tuviera como planta de mal agüero. No pasó mucho tiempo, sin embargo, para que los poetas hablaran de sus «frutos de oro» y de cómo obtenerlos dulces mediante curiosas recetas

Pero sería injusto con los autores arábigo-andaluces no mencionar siquiera la multitud de otros árboles que nos dan en sus textos, y no es pura erudición libresca porque hablan en la mayor parte de los casos con familiaridad. En el tiempo de Abu el Jair y de Al Awam, esto es, en el siglo XII, se citan, con varias variedades en todos los casos, granado, cerezo, albaricoquero, ciruelo, membrillero y alguno ya casi desaparecido como es el azufaifo. Casi todos eran ya conocidos en época romana. Los andalusíes, como en otros casos, fueron maestros en potenciarlos cultivándolos con esmero.

Baste también una simple mención a la alubia, pariente cercana de nuestra actual judía que se ha apropiado del nombre norteafricano de «lubia». El algodón, lógicamente el asiático, de origen indio, no el actual americano, se cultivaba especialmente en Sevilla. El *Calenda-*

rio de Córdoba lo menciona, por tanto se cultivaba ya a mediados del siglo X, por lo que su introducción pudo hacerse por los sirios de la primera época. También lo hace con la caña de azúcar, asimismo de origen indio. Al Razi, otro autor del siglo X, la menciona como cultivada en Almuñécar, donde, de hecho, se la siguió cultivando hasta tiempos muy recientes. Otros cultivos que les debemos fueron, entre otros, la berenjena y el azafrán y el cártamo como colorantes, que también fueron materiales de exportación.

El ganado

A juzgar por los textos, la agricultura debió ser más importante que la ganadería, que no tiene, en dichos escritos, el peso que le daban los escritores romanos, particularmente al buey. Si Al Awam es representativo de su época, y no hay razón para dudarlo, es el caballo el animal favorito siguiendo con la tradición árabe más pura. El escritor sevillano le dedica un espacio enorme: dos larguísima capítulos salvo alguna página para burros, mulos y camellos.

De los demás, más extensión al vacuno (al buey especialmente, siguiendo la tradición romana) que a la oveja y a ésta que a la cabra, sorprendiendo el escaso tratamiento dado al ganado lanar si se tiene en cuenta la importancia que tiene en todos los países musulmanes, especialmente en los no tropicales. Concretamente, los beréberes practicaban con la oveja la trashumancia típica de las regiones mediterráneas y lo debieron hacer también en nuestra tierra, pero no nos queda rastro documental. Asimismo, la lana siguió siendo la fibra más importante para el vestido, pues el algodón era un recién llegado y se utilizó en todo caso para la exportación y para la clase alta.

Palomas y gallinas dominan sobre otras aves (gansos, patos, pavos reales); la apicultura, a pesar de tener un buen tratamiento en Al Awam, no llega al que le dieron los romanos. Por supuesto, el cerdo no aparece, aunque la población cristiana lo debía criar. También han desaparecido, respecto a Varrón y Columela, las explotaciones de lujo y recreo, las lebreras y cercados de caza, los viveros de peces... La sociedad musulmana es mucho más austera que la romana.

En alguna crónica se dice que la zona ganadera por excelencia era el Bajo Guadalquivir, pero quizá se tuviera tal idea por la acumulación

de ganado en una región relativamente pequeña y la facilidad de verlo al ser tan llana. Ovejas y cabras prefieren las sierras, sobre todo en verano, y debían seguir un régimen trashumante de más difícil observación.

La seda

La industria de la seda fue una indudable importación árabe o, más que árabe, siria. Ya se conocía en el Imperio Bizantino y no es de extrañar que sus antiguos súbditos sirios dominaran la técnica, que no consiste sólo en criar los «gusanos» sino en un paquete tecnológico complejo que conlleva la plantación de árboles poderosos como los morales o moreras, la cría de la larva de un lepidóptero, la extracción de la fibra de seda, su hilado y tejido, con la fabricación de los telares apropiados.

La cría del gusano de seda se hizo al principio en la zona de Baza y Guadix, luego en Jaén, Málaga, Granada y las Alpujarras, pero había sederías también a lo largo del Guadalquivir, sobre todo en Córdoba y Sevilla. Por supuesto que las hubo en otras partes de Al Andalus, como en Murcia y Valencia.

Al igual que en China, la seda era objeto de tributación, aunque seguramente no llegó a ser «moneda» de pago para los funcionarios. Fue un importante producto de exportación y la sericicultura siguió siempre siendo una industria de primera fila hasta el Edad Moderna.

Conservas: el alcohol

La preparación de vinagres y arropes era conocida en la antigüedad, pero son los árabes los que introducen, fuera cual fuere su origen, el proceso de destilación. La nueva técnica permitió la proliferación de nuevos productos aplicables no sólo a las conservas sino a la obtención de «el espíritu» o «el sutil», el alcohol, base de todo un mundo de aplicaciones que compitió desde entonces con el aceite en la fabricación de perfumes. Ni que decir tiene que entre los destilados figuró muy pronto el de vino, conocido como *arak* en todo el mundo árabe y como «aguardiente» en el hispano, en el que no hay que pensar sólo en su acción fisiológica sino en su papel como agente conservante.

Los jardines

El tema más familiar a los poetas hispanomusulmanes es el jardín, que dio lugar a un género literario. Las ideas ya estaban en Oriente, pero los andaluces lo consiguieron con palabras más expresivas y metáforas más evocadoras. Entre las plantas tratadas están el mirto o arrayán, la margarita, la violeta o pensamiento, el lirio azul, el alhelí amarillo y el de color rojo de cobre, la azucena blanca, de las flores más populares entre los poetas, el nenúfar en estanques, amapola, lino (por su flor azul), haba (por las flores puntuadas de negro que se asemejaban a un lunar en mejilla), el jazmín, de origen indio. Pero las dos flores que levantaron más pasiones entre los andalusíes fueron la rosa y el narciso, toda una polémica poética sobre la flor más preciada. La rosa roja fue única conocida por los poetas andalusíes; se dice que abundaba en Córdoba, pues un paraje de los alrededores se llamaba «montes de rosas».

Una visión retrospectiva

Una agricultura rica en lo material, intelectual y cultural. Un comercio enlazado no sólo con el Magreb sino con el resto del Oriente a través del Corredor árabe. Y también con el mundo cristiano, que no ponía impedimentos religiosos ni culturales a la recepción de aceite, seda, azafrán y colorantes recibidos, a su vez, por las rutas árabes, y papel, traído por los árabes en el siglo IX, y a partir del XIII su fabricación se generaliza en Al Andalus y se exporta al resto del Continente. Se nos olvidan en nuestro país las muchas cosas que ha hecho por la cultura universal, y una de ellas es precisamente la difusión de la herramienta más poderosa para su transmisión, algo impensable con papiro o pergamino, no ya caros sino bajo monopolios estrictos.

2. La transición al mundo cristiano

Ya no se vivía en un mundo cerrado; varias rutas, alguna milenaria, unían las diferentes partes del Viejo Mundo: la de la Seda, el Corredor árabe, la Ruta Sabea, las rutas vikingas, el Camino de Santiago, el tráfico marítimo... todo eso había hecho al mundo más pequeño. Se puede hablar claramente de «globalización», y Andalucía, donde con-

fluyen cultura, cultivos y técnicas de Oriente y Occidente, era un punto de unión; baste recordar el tránsito de obras griegas y árabes hacia la Europa medieval. Es sorprendente, sin embargo, que no lo hicieran los nuevos cultivos ni las técnicas a ellos asociados. Y que se rompieran y acabaran tantas cosas.

Un hiato entre dos mundos

A diferencia del gran número de autores de la época andalusí, ni en esta Novísima Castilla como creo recordar que llegó a llamarla Sánchez de Albornoz, ni en toda Europa se registran más allá de un par de obras sobre agricultura que merezcan más que una simple mención: la del italiano Pedro Crecentino, realmente un texto enfocado a la medicina con notas botánicas y agrícolas (recuérdese lo dicho de la fusión de las tres áreas hasta casi nuestros días⁵), y la del inglés Walter de Henley, ambos del siglo XIII y sin nada novedoso para mencionar. Se seguía copiando a los grandes autores romanos, especialmente a Paladio, mucho menos a Columela. Los textos árabes pasaron desapercibidos. Si se tradujo al latín el *Calendario de Córdoba* en Toledo en la Escuela de traductores creada por Alfonso X fue por sus datos astronómicos, el gran interés del gran rey de Castilla.

Es cierto que se resumieron en castellano varias de las grandes obras escritas por los hispanomusulmanes hasta poco antes, resúmenes que, a juzgar por el exiguo número de copias localizadas hasta hoy, debieron tener escasa difusión. Los resúmenes, por amplios que sean, no son los mejores textos para conocer una disciplina; se pierde, en efecto, toda la riqueza de detalles que emana de un hombre sabio que quiere compartir con la posteridad todo lo que aprendió. El porqué Alfonso X y sus traductores prescindieron de los grandes tratados agrícolas es el mejor símbolo de la ruptura que significó la conquista castellana en el tema de este capítulo.

En Europa, se concedieron permisos para ocupar bosques y ejidos pues la necesidad de nuevas tierras era permanente. El arado romano se mostraba ineficaz para roturar las nuevas tierras, arcillosas y fuer-

⁵ Y añádase que la *Obra* (o Libro, en una edición paralela) de *Agricultura* (también llamada luego *Agricultura General*) contiene gran número de recetas de medicina humana y veterinaria.

tes, y se difundió «el arado pesado», que permitía profundizar el surco aunque para ello se necesitaran a veces doce yuntas de bueyes. Sin embargo, en Al-Andalus siguió utilizándose el arado clásico romano en sus numerosas variantes. Se seguía siendo hispanorromano. También en la bebida; en los países del Norte donde no se daba la vid ni había clima para producir vino se bebía cerveza, bebida goda que en la Bética nunca tuvo predicamento: el Sur, incluso musulmán, siguió siendo fiel al vino. El Norte de grasa animal, el Sur de aceite de oliva. En el Norte cristiano, unos pocos cultivos extensivos, pastizales y ganado; en el Sur hispano-romano-musulmán, numerosos cultivos intensivos, huertas, jardines...

El animal que ascendió hasta lo más alto de la escala fue la oveja a causa de la creciente demanda de lana para las industrias italiana, flamenca e inglesa; en todas partes se incrementa la cabaña a expensas de la tierra arable, con las repercusiones en Andalucía. La trashumanca es el régimen que se encuentra en todas partes, por supuesto en España, con cañadas que parten del norte y terminan en Andalucía, provocando un conflicto permanente con los agricultores.

El cerdo adquiere una gran importancia en los territorios andaluces ya cristianizados, y desde el XIV será la principal fuente de grasa y un sumidero importante de residuos ciudadanos. En Andalucía, como en gran parte de España, el aclareo de bosques y el establecimiento de dehesas permite la gran piara de montanera. El vacuno, por el contrario, pierde importancia salvo en lagunas regiones, pero los bueyes siguen siendo el gran animal para el arado, aunque aparece su gran competidor, el mulo y el ganado caballar en general, que se va imponiendo para diversas operaciones agrícolas y de transporte, no sólo ya para la guerra.

Dos mundos y un gran hiato entre los dos

Imposible separar la agricultura de los acontecimientos que sucedieron a la muerte de Almanzor en 1002; luchas intestinas hábilmente aprovechadas por partidas cristianas que llegaron a saquear Córdoba con la destrucción consiguiente de cosechas y ganados. Las luchas entre taifas y dentro de ellas, con continuas banderías y almogávares en todos lados, no eran el ambiente más favorable para el desarrollo

de la actividad agrícola por lo que conllevan de destrucción, requisas, pérdidas de riqueza y de mercado, etc. El emir Hariz ibn Ukasa, gobernador de la región de Calatrava, reconviene a Alfonso VI, que había devastado su territorio:

«No es digno del carácter de un [príncipe] poderoso cometer estragos y extender las ruinas, pues si de este modo establecéis vuestro poder sobre el país, habéis deteriorado vuestro reino».

También se resiente el comercio. En 1147 cae Almería, donde estaba el principal puerto de Al-Andalus, hasta entonces uno de los principales del Mediterráneo occidental, lo que no era del gusto de genoveses y catalanes; y por ello, lo arrasan (la Playa de los Genoveses es un irónico recuerdo del suceso), y aunque se recupera, la flota deja de tener presencia en el Mediterráneo y el comercio pasa a manos genovesas. En 1248 se conquista Sevilla y cuatro años más tarde ya había un consulado genovés en ella. No lo instalaron para colaborar en la conquista, sino para ofrecer sus servicios financieros a los nobles castellanos y, sobre todo, explorar los secretos de la navegación por el Estrecho y por la costa atlántica. Querían llevar sus mercancías directamente por mar hasta los ricos puertos de Flandes y la Hansa evitando la molestia de los peajes terrestres. Los castellanos habían sabido llevar una flota al mando de Bonifaz desde Santander hasta Sevilla, eran capaces de controlar esas rutas, pero se pusieron de perfil... El comercio no era digno de grandes señores...

Una ruptura innecesaria

Y la agricultura tampoco. Era la última en la escala de profesiones, propia de siervos y aparceros. Ni siquiera se conservó la población rural morisca, como sí hicieron en el Reino de Valencia y en Murcia, aunque no de forma tan humanitaria como nos suelen contar. No nos quedan escritas opiniones sobre los agricultores de aquella época, pero no serían muy distintas de las de algunos siglos más tarde, de todo signo político, alguna de las cuales bien «cristiana»:

Cardenal Richelieu (XVII): «bueyes sin cuernos... semejantes a las mulas que, acostumbradas a la carga, se estropean más con el descanso que con el esfuerzo». La Bruyère (XVII): «esparcidos por el

campo... se ven ciertos animales salvajes, machos y hembras; tienen una extraña voz articulada y cuando se yerguen tienen rostro humano... se retiran a guaridas donde viven de pan negro...». Karl Marx (XIX): «sacos de patatas...».

Pero todos ellos comieron y bebieron y se vistieron con el sudor de la frente de los agricultores...

Las fuentes principales en las que es posible basarse para conocer la agricultura subsiguiente a la conquista cristiana no proceden de Córdoba sino de Granada y Sevilla; aquella por haber sido un reino musulmán que aún duró dos siglos y medio tras la caída de Córdoba, y Sevilla porque se convirtió de facto en la capital cristiana, su puerto fluvial, a diferencia del cordobés, permaneció bien vivo y floreció su comercio. En lo que al presente trabajo respecta, la información sevillana es mucho más interesante que la granadina, por la similitud de clima, tierra y agua con la cordobesa.

Las dos Andalucías

Basten unas líneas sobre lo que conocemos de la situación granadina. La Vega del Genil siguió dando sus frutos hasta algunos años antes de la conquista, porque, siguiendo tácticas milenarias, el ejército atacante cegó los canales de riego. Pero hasta mucho después, sus huertas tuvieron buen nombre y el mismo Alonso de Herrera estuvo en Granada en lo que se podía llamar hoy un viaje de estudios preparando su *Obra de Agricultura*, y es más que posible que fuera allí donde encontrara la obra de *Ibn Wafid*, cordobés, por cierto, del siglo XI como ya ha quedado dicho. Porque en Granada la vida intelectual había seguido viva, no con la intensidad del siglo XIII, pero capaz aún de que el granadino *al-Arbulí* (principios del XV), el almeriense *Ibn Luyun* (siglo XIII o XIV) y el malagueño *Ibn Baytar* (siglo XIII) escribieran sus tratados de nutrición, agricultura y medicina respectivamente, nutrición y medicina, tan ligadas entre sí. Y cabe pensar que hubo más obras; esas no son más que unas pocas de las descubiertas en tiempos recientes⁶.

⁶ Ibn Baytar es la única excepción; era, en efecto, conocido en la antigüedad.

Se exportaban, aunque bajo el control de genoveses, y eso a pesar de buenos puertos como el de Málaga, pasas, higos y frutos secos, y azúcar, dato importante porque se le atribuye a los portugueses el haber sido los primeros en cultivar la caña de azúcar en Occidente, cuando era conocida en la costa de Almuñécar desde el siglo X, según aparece ya en el *Calendario de Córdoba*. También siguió siendo importante la seda. Pero Granada tenía que importar sal de Cádiz, para sus salazones de boquerones y sardinas, aceite de oliva desde el Aljarafe y cereales desde el Magreb principalmente. La ganadería tuvo muy poca importancia en el reino granadino. Era un Estado con escasas posibilidades.

En 1492, tras la conquista, el reino estaba arruinado. Habían desaparecido prácticamente molinos, arboledas, olivos, viñas y huertos. Una de las primeras determinaciones que toman los Reyes Católicos es prohibir, con fuerte penas, la corta de cualquier árbol, «aunque fuera dañoso y aunque lo haga en su propia heredad...». Pero es dudoso que un viajero alemán escribiera, tan sólo dos años más tarde, se maravillara de la riqueza del campo granadino. Claro que, al principio pero por poco tiempo, no faltaron moriscos que siguieran cultivando las huertas, moriscos que bien pudieron ser los informantes de Alonso de Herrera, pues aunque su obra de agricultura se publicara en 1513, ni la escritura ni la edición eran, en aquel tiempo, cosas tan rápidas como hoy en día en su ejecución.

El Valle del Guadalquivir

Mientras Granada seguía con su propio destino, los castellanos conquistan el Valle del Guadalquivir y no se muestran insensibles ante su riqueza y la magnificencia de sus ciudades. Sevilla, como ya se ha dicho, se convierte en capital de facto hasta los Trastámara y se le amplía su alfoz, pero la ruptura con el pasado fue total pero no fue inevitable. En efecto, se podía haber realizado una transición como la ocurrida entre el mundo hispanorromano-visigótico y el musulmán, absorbiendo lo positivo de la cultura anterior como, en buena parte, se hizo en el Arte, donde el mudéjar es la mejor muestra de una buena adaptación. No se realizó en agricultura ni en el comercio. Se mantuvieron los albañiles, pero no los hortelanos.

No hay que culpar de la caída de la agricultura andaluza tan sólo a los conquistadores cristianos. La economía andalusí estaba herida de muerte, aunque la autosuficiencia era aún grande en agricultura. La gran culpa de los gobernantes cristianos fue no haber reactivado los canales comerciales, sobre todo la exportación, ni haber habilitado los puertos de Cádiz y Sevilla para monopolizar el comercio marítimo por la costa atlántica. Ni haber utilizado el entonces existente en Córdoba para facilitar el transporte río abajo (el rey Enrique III aún pudo embarcarse en Córdoba para Sevilla en 1402), aunque hubiera tenido que hacerse en barcazas de fondo plano, como se hacía en todos los canales europeos; el Guadalquivir era una salida natural y la flota castellana tenía sus reales en Sevilla. Las algaradas desde la frontera granadina eran frecuentes y de ahí la desaparición del muelle cordobés, pero un estado que estaba en permanente estado de guerra debe conocer en primer lugar cuáles son los puntos y caminos estratégicos que hay que defender a toda costa. Lo tenían todo a favor, pero lo dejaron en manos de otros.

Poco después de reconquistarse el Valle del Guadalquivir comienzan a aparecer los rebaños de ovejas castellanos en Córdoba y Sevilla por las cañadas de Cuenca y Soria: el Honrado Concejo de la Mesta se está configurando y recibe los primeros privilegios por parte de Alfonso X; sus miembros son grandes señores castellanos que son los beneficiarios del «repartimiento» de tierras del que se habla a continuación. El régimen era el de trashumancia, tan típico de todas las regiones del mundo en las que la oveja ha sido un ganado importante. También se seguía ese régimen en Granada, restringido, evidentemente, a los límites del reino. Los conflictos con los agricultores aparecieron pronto, pues son asimismo universales: la invasión que el ganado hace en los campos de cultivo (en Granada, los cristianos posteriores se quejaban de los ganaderos que metían sus ovejas en sus cultivos «al estilo de los moros»), la quema de bosques para favorecer los pastizales en los descansaderos, la organización casi militar de rabadanes y pastores. En todos los reinos hispánicos, el de Granada incluido, los reyes se decantaron siempre a favor de los ganaderos. El problema de cercar las tierras era asimismo universal, pero en nuestras tierras fue de ejecución penosa para los agricultores.

Como productora de lana, el merino, raza típicamente española de la que se dice que procedía de África, comienza entonces a tener fama,

y desde principios del XIV, los genoveses insisten en que los ganaderos castellanos aumenten su producción, pues esta lana es mejor que la inglesa, más cercana y, desde luego, más barata. Comienza así un negocio de producción de lana que se exportaba a los grandes centros textiles europeos y que nunca se supo aprovechar, pues salvo tímidos intentos rápidamente abortados, no se formó una industria textil que aprovechara las materias primas (sobre todo lana, pero también algodón, lino y seda) que existían en cantidad y calidad en Andalucía para elaborar paños y tejidos y exportarlos. Los grandes y poderosos ganaderos, ya también grandes terratenientes andaluces, prefirieron tan sólo la renta de la lana en bruto.

Se olvidaron del algodón y de la seda, todavía producidos en estas tierras; la seda perteneció siempre al mundo del lujo, pero el algodón había sido la gran fibra del comercio medieval, que permitía vestimentas ligeras y frescas en lugar de las de lana y piel. Y, en la Europa de la época, el único lugar en que se producía era en el Valle del Guadalquivir, pero en la Baja Edad Media ya viaja en barcos italianos desde el Próximo Oriente, el Magreb y Sicilia a los grandes centros textiles europeos; tanto su cultivo como su comercio desaparecen prácticamente en nuestro Valle. Mencionemos algunos colorantes como el cártamo, el azafrán, que la España cristiana sigue produciendo, y el pastel, que se cultivó en Jaén pero cuyo comercio también se pierde en beneficio del producido en el Oriente Próximo.

Como cabe pensar, aumenta el ganado de cerda, se mantienen el vacuno, sobre todo para las labores agrícolas, y el cabrío. El caballo, por supuesto, fue el animal de la aristocracia, también utilizado para engendrar mulos, el competidor natural del buey a lo largo de la Historia; los de Córdoba fueron famosos en toda Europa; en los alrededores de Alcolea se podían ver los caballos del Rey que pastaban cerca del río.

La distribución de la tierra

Si la situación en el antiguo Reino de Córdoba fue similar a la granadina tardía, cabe colegir, por lo que cuentan algunos cronistas árabes tardíos o por fuentes cristianas tras la conquista: grandes latifundios que incluían molinos, terrenos forestales, pastos, secano y, en

ocasiones, regadío, y muchos minifundios que, en el caso de Granada, llegaban a ser tan pequeños que una morera podía tener varios dueños, repartiéndose la propiedad hasta por ramas; también era el caso de los olivos: hasta ocho propietarios se llegaron a registrar «por árbol», sin que en ninguno de los dos casos esa distribución de la propiedad conllevara la de la tierra.

Es muy posible que la situación en tierras cordobesas no llegara a tales minifundios, pues se estableció una política nefasta para la tierra: los «repartimientos», esto es, donaciones como recompensa por los servicios durante la guerra, de los reyes a nobles, ciudades e iglesias o eclesiásticos. Se sabe con detalle cómo se realizaron porque todo quedó registrado en los «libros de repartimiento». Las formas de hacerlo, básicamente «donadío» y «heredamiento», no son objeto de la presente obra. Sólo cabe decir que entre los donadíos los hubo «mayores», normalmente grandes extensiones de terreno con todas sus pertenencias, a veces pueblos enteros que terminaron, a la larga, transformados en cortijos, y «menores», fincas pequeñas o fracciones de grandes explotaciones que podían ser realmente pequeñas para servidores de bajo rango.

Los colonos que repoblaron las campiñas recibían «heredamientos», con algunas obligaciones, como la de habitar en la ciudad donde esté ubicada la explotación, ya que se le podía reclamar un servicio militar cuando fuera necesario. Había tanta tierra y tan pocos pobladores que todavía quedaron baldíos, ejidos y posíos, junto con zonas forestales, que terminaron siendo tierras comunales y terrenos de propios. Sobre ellos se volcarán en el futuro, como ya pasó en Roma, los ojos de los grandes ganaderos y los de los reformadores agrarios. Los «repartimientos» afectaron a la totalidad del territorio conquistado, pues, aparte de los exiliados, los escasos levantamientos de los moriscos se castigaban con la expulsión. Prácticamente todo el territorio quedó en forma de grandes latifundios, pues los «donadíos menores» en extensión y capital, terminaron cayendo en manos de los grandes señores y de los cabildos poderosos como los de las Catedrales de Sevilla y Córdoba.

Incluso con esa redistribución gigantesca, las cosas podían haber ido bien para la agricultura, pero la concentración de la propiedad fue grande y escaso el cuidado que se tuvo con ella. Los nuevos propieta-

rios eran militares aún en guerra, o eclesiásticos. Eran grandes absentistas que, nunca mejor dicho, vivían de las rentas. El campo se cultivaba, en Andalucía con servidores, colonos o arrendatarios, ninguno de ellos con interés en mejorar las condiciones de cultivo o en introducir novedades técnicas, que ya las había; en otras regiones, como Valencia y Murcia, permanecieron los moriscos como aparceros, aunque en verdad auténticos siervos de la gleba con apariencia de libres. Los servidores fueron pocos, de hecho hubo una falta general de mano de obra permanente consecuencia, en gran parte, de la despoblación del campo tras la conquista. El monte invadió los terrenos incultos y le bosque se extendió hasta el punto de que el *Libro de la Montería* atribuido a Alfonso XI, escrito en 1340, indica «osos de invierno y verano» en las proximidades del actual Monasterio de san Jerónimo, a pocos kilómetros de Córdoba.

Los nuevos señores no entendían mucho de agricultura, y mucho menos de las complejidades de riego, pero sí sabían del interés de los molinos y de las ventajas de obligar a los pequeños propietarios en que molieran en esos molinos. Así pues, las grandes ruedas hidráulicas para elevación de agua perdieron interés y, requiriendo un buen gasto en mantenimiento, acabaron desapareciendo; eran más fáciles de construir, sin depender de las corrientes de agua, los molinos de sangre, esto es, de tracción animal. Después de todo, el dominio era inmenso y aunque se perdieron unos cuantos canales de riego (no fue el único lugar del antiguo Al Andalus en que sucedió, incluso en Valencia y Murcia) no se notaba en la cuenta de resultados. Las ruedas de los molinos, por el contrario, permanecieron en uso, pues sí que eran rentables; llegaron hasta nuestros días. También las norias para regar las huertas.

En resumen, la nueva propiedad era grande, de dueños absentistas, cultivo por servidores, cuando los había, o terceros, escasos en un principio, sin interés en todo caso en la innovación, sin más salida que el mercado local ya de por sí escaso por la despoblación, sin más rendimiento que una renta sin crecimiento, sin inversión en técnica ni en conocimiento...

Y sin un solo autor que escribiera tan siquiera un texto elemental sobre agricultura, un «hágaselo usted mismo», como hizo Catón tras la segunda guerra púnica. Si la caída de la agricultura fue grande en el territorio cristiano, la del conocimiento llegó al cero absoluto.

Unos siglos después

Los moriscos habían desaparecido como fuerza importante; quedaban aquí y allí, y aún quedaron tras la expulsión definitiva por Felipe III. El morisco Ricote, paisano de Sancho Panza, es todo un símbolo⁷. El campo se resintió, evidentemente, pero no tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo: las huertas y el cultivo de regadío. Eran ejemplo vivo de una de las grandes aportaciones de los árabes a la agricultura: vale todo tipo de tierra y todo tipo de agua, y hay que llevarla allí donde se necesita. Quizá por la mayor persistencia morisca en el Reino de Valencia, los valencianos posteriores no tuvieron empacho ni pereza en poner naranjales en roca viva ni intensificar, casi mejor «reintroducir», el cultivo del arroz en el XVIII, poniendo en uso tierra anegadas inservibles para otra cosa. En el resto de Andalucía y de España, los huertos proliferaron en el ruedo de las ciudades que absorbían los productos de sus cinturones verdes. Hubo ciudades, como Sevilla, que los regularon en las Ordenanzas pero, en Andalucía, las fuentes no hacen referencia casi nunca a sistemas de regadío.

En estos siglos posteriores a la conquista se alternaron periodos con intentos de repoblación y con despoblación por guerras y epidemias. En el tercio medio del siglo XIII, sobre todo durante el reinado de Alfonso X, la repoblación fracasó por los levantamientos de la población mudéjar y la expulsión subsiguiente de los moriscos, y por el de su hijo Sancho; desapareció la población morisca y no llegaron pobladores cristianos; sólo quedó el repartimiento, pero con las fincas vacías. La peste negra de mediados del XIV dejó un tercio de la población. Crecieron los latifundios por absorción de las tierras vacías, pero ahora se registra un esfuerzo repoblador por parte de grandes propietarios, incluyendo los eclesiásticos.

Pero a lo largo de todo este tiempo, nunca se llevó a cabo la gestión directa del dominio. Las grandes parcelas de olivar y cereal se arrendaban, las viñas, más pequeñas, se cedían primeramente bajo contrato de plantación y luego a censo. Con ambos sistemas se fue repoblando la tierra, pero el sistema de cultivo que se impone, aparte del olivo y de la vid, es el llamado «cultivo al tercio»: un tercio de la superficie dedicada a cereal, un tercio a barbecho, desnudo o «semi-

⁷ *Don Quijote de la Mancha*, II, cap. LIV.

llado» con alguna leguminosa (garbanzo o habas normalmente), y el tercio restante, a pasto. Estamos lejos de aprovechar toda tierra y todas las aguas. Así se llega en Córdoba hasta mediados del siglo XX: huertas en el ruedo de la ciudad, cultivo extensivo en la campiña, bajos rendimientos, estancamiento en técnicas y cultivos mientras se progresa en otros lugares. Valga un ejemplo: en su magnífico estudio de la agricultura romana, White hace una estimación de los rendimientos de trigo en la época clásica romana, sobre todo basado en Columela, y los compara con los de la campiña de Córdoba en los años 50: a esa distancia en siglos, iguales⁸.

Es difícil decir qué explotaciones eran las más rentables. Parece que las pequeñas, practicando un cultivo intensivo de hortalizas y vid, eran mejores en cuanto a producción por superficie. Las de menor rendimiento eran las grandes fincas con monocultivo de cereal, pero eran las que más daban en bruto y es lo que los propietarios absentistas querían. El olivar, no obstante, siempre se mantuvo en la mayor parte de las campiñas, pero declinaron, salvo en lugares concretos, los cultivos intensivos y la vid. Todo ello se había conseguido en la campiña cordobesa tras haber eliminado buena parte de la floresta, típicamente mediterránea, que aún se deja ver en los terrenos incultos; la encina debía ser la reina de ese bosque, como lo atestiguan numerosos topónimos e incluso el nombre de algún pueblo (Encinas reales, por ejemplo). La roza la fue reduciendo para conseguir «tierra calma» para el cultivo de cereal, pero sobre todo con muchos baldíos, ejidos y posíos para pasto de ovejas y cabras. De la tierra de labor, poca era la que resultaba apta para cultivo continuo; más frecuentes eran las tierras de año y vez, y más aún las de cultivo al tercio que ya se ha mencionado. El aclareo del monte bajo sería más palpable en los alrededores de Córdoba, alternando pegujales cultivados con encinares frondosos y tupidos de maleza, a veces con el sotobosque rozado, es decir, buenas dehesas.

Una visión retrospectiva

A diferencia de la etapa andalusí, el interés en los conocimientos agrícolas es prácticamente nulo. En Córdoba, como en el resto de Al-

⁸ WHITE, K.D.: *Roman farming*, Londres, Thames and Hudson, 1970.

Andalus, los escritores agrícolas había sido numerosos, leídos y transmitidos; tras la conquista, el marasmo intelectual, en lo que se refiere a las *De Re Rustica* de Columela, fue total, el desinterés absoluto; hay que decir que ocurrió en toda Europa, donde apenas se registran dos obras dignas de tal nombre y donde seguía leyéndose a Paladio como máxima autoridad, lo que obliga a decir que no fue una acción castellana, sino de la cultura europea que, en este caso, no se debe adjetivar como «cristiana». En la Hispania reconquistada, el ganado trashumante dominó el paisaje, se olvidaron cultivos y técnicas y se le entregó el comercio a Génova. Los agricultores eran lo más bajo en la escala social, pero, repitiendo una frase ya escrita en el presente texto, todos comían y bebían con el sudor de esas frentes ajenas, nunca las propias. Y se vestían con buenas ropas de la mejor lana merina tejida en Flandes y allí transportada en barcos genoveses.

Y aun así, producían alimentos y materias primas de toda índole. Pero los momentos de auge económico de los siglos XVI al XVIII, como fue el comercio con América y, menos conocido, con Asia, nunca se aprovecharon para crear una industria agrícola potente; el comercio era una labor sucia, impropia de un noble o de los que querían serlo, algo que no sucedió en Inglaterra; no por casualidad en ella nació la agricultura moderna. Y no es que aquí no hubiera materias para ello: lana, seda, cereales, algodón, aceite... Y técnicas de manejo de agua y suelo. Faltó lo que no les había faltado a los invasores musulmanes: absorber lo que sabían los anteriores dueños de la tierra y una manera distinta de ver el mundo que les rodeaba.

3. Consideraciones finales

Entre la agricultura hispanorromana (pues no cabe hablar de una «agricultura visigoda»), y la andalusí, hubo una derivación fluida, aceptando los recién llegados lo que encontraron, leyendo sus libros traducidos en Oriente al árabe y mencionándolos como elementos de autoridad, potenciando técnicas como el riego aprovechando los esquemas romanos existentes, el aprovechamiento de todo tipo de aguas por medio de azudas, lumbreras y terrazas, incorporando y adaptando nuevos cultivos procedentes del Lejano Oriente, siguiendo también en ello a griegos y romanos.

La transición entre el mundo hispanorromano y el andalusí se hizo con facilidad, algo que no sucedió entre éste y los conquistadores cristianos. Hubo ciertamente una gran diferencia en la importancia que se le otorgaba a la agricultura en cada de esos dos mundos. También la tenían los romanos en alta estima, pero para los musulmanes es algo más, es una profesión bendita en el Corán; dice Al Awam:

«...una tradición que tenemos de Mahomet, hablando del premio prometido a los labradores. De él se cuenta [haber dicho]: “A todo aquel que planta o siembra alguna cosa, y del fruto de sus árboles o sementeras comieren los hombres... esto se le reputará [como si hubiere dado] limosna”»⁹.

En Al-Andalus hasta los poetas leían y comentaban libros de agricultura y manejaban en sus poemas vocablos técnicos como sépalo, bráctea, pétalo, estambre, pistilo, antera, baya..., algo impensable en la poesía occidental. No fue el caso en el mundo cristiano, quizá porque el campo se miró por los señores feudales como un simple suministro de rentas, no como la fuente de materias primas en las que fundamentar industria y comercio.

Quizá no se había olvidado que el mundo rural fue el último reducto de paganismo, no en vano esta palabra deriva de «pagani», los habitantes de los «pagos», los distritos rurales, donde se refugiaron los dioses de viejas culturas durante muchos siglos, muchos más de los que se piensa. El cristianismo fue una religión urbana; Pablo escribió un buen número de cartas a corintios, efesios, romanos, pero, a pesar de mi admiración sin límites por el Apóstol de Tarso, no sé de ninguna a los *pagani*. Y quizá siempre quedó en el subconsciente que fue Caín el que mató a Abel.

Pero aparte de ese choque, hubo otro difícil de justificar: el odio entre culturas. Lo vemos hoy entre israelíes y palestinos y lo vemos allí donde hay un deseo de extirpar «al otro» por enriquecedor que sea; en la España actual no faltan, desgraciadamente, los ejemplos. Una situación similar sucedió tras la conquista de Tierra Santa por los cruzados; impusieron sus ganados y su manera de hacer las cosas, no

⁹ CUBERO, José Ignacio (ed.): *El libro de agricultura de Al Awam*, (prólogo, art. I), 2ª ed., Sevilla, 2003.

aprovecharon lo que había, lo sustituyeron en todo lo que pudieron. También sucedió en la España reconquistada pero al revés; los moriscos reflejaron su odio a los nuevos dueños escribiendo en castellano pero con caracteres árabes, no para que no se entendiera, pues tanto la Inquisición como militares de frontera, no pocos altos funcionarios y numerosos colaboradores judíos y musulmanes eran perfectos conocedores del alifato: lo utilizaban los moriscos para no escribir con el alfabeto castellano o, lo que para ellos era lo mismo, cristiano.

Todos olvidaron, y siguen olvidando, si alguna vez lo supieron, que, en *agri-cultura*, el injerto aprovecha las raíces de otro árbol para producir más y mejores frutos. Y que lo mismo vale para cualquier otra «cultura».

Bibliografía

El ensayo se basa en un cierto número de obras cuya mención, intercalada reiteradamente en el texto, lo convertiría en tedioso para la lectura; son las que se dan a continuación:

ANÓNIMO: *El agua en la agricultura de Al-Andalus*, Sierra Nevada 95 - El legado andalusí, Lundweg editores S.A., Barcelona, 1995.

BOLENS, L.: *Agrónomos andaluces de la Edad Media*, Granada, Universidad de Granada, Instituto de estudios almerienses, 1994.

CUBERO, José Ignacio: «El paisaje agrícola cordobés en 1498», en ANÓNIMO: *Las ordenanzas de limpieza*, Ayuntamiento de Córdoba, 1999.

— *Breve historia de la Agricultura Andaluza*, Málaga, Ed. Sarriá, 2008.

— *Historia General de la Agricultura*, Córdoba, Ed. Almuzara, 2018.

— «La Agricultura en la Córdoba Andalusí», en ROLDÁN CAÑAS, José, MORENO PÉREZ, M.^a Fátima (coords.): *Las Ciencias en la Córdoba Andalusí*, Córdoba, Real Academia de Córdoba, 2019, pp. 169-202.

GONZÁLEZ TASCÓN, Ignacio: «Ingenios y máquinas hidráulicas en el mundo andalusí», en ANÓNIMO: *El agua en la agricultura de Al-Andalus*, 1995, pp. 151-162.

LÓPEZ BARALY, Luce: «Al revés de los cristianos: la España invertida en la literatura aljamiado-morisca», en DÍEZ BORQUE, J.M.^a (coord.): *Culturas en la Edad de Oro*, Madrid, Universidad Complutense, 1995, pp. 197-221.

NUEZ, F. (ed.): *La herencia árabe en la agricultura y el bienestar de Occidente*, Valencia, Ed. Universidad Politécnica, 2002.

OLIVEROS DE CASTRO, M.T., JORDANA DE POZAS, J.: *La Agricultura en tiempos de los Reyes Católicos*, Madrid, Ed. Ministerio de Agricultura, INIA, 1968.

PELLAT, Ch.: *Le Calendrier de Cordoue*, Leiden, Ed. E.J. Brill., 1961.

PÉRES, H.: *Esplendor de Al-Andalus*, Madrid, Ed. Hiperion, 1983.

En la organización política de la monarquía hispánica a finales del siglo XVII y principios del XVIII, coincidiendo con el cambio de dinastía (de los Austrias a los Borbones) y con la Guerra de Sucesión a la Corona Española, se dio un cambio radical, que se podía calificar de «revolución política». Ésta consistió fundamentalmente en el paso de un poder dual del Rey con el Reino, reunido en Cortes o separado en las dieciocho ciudades castellanas de voto en Cortes, a un poder unitario de sólo el Rey como representante del poder central.

Este «poder unitario» permaneció a lo largo de los siglos XVIII-XX; y ahora, en el siglo XXI, vuelve a reaparecer con fuerza el viejo «poder dual» (Rey-Reino), si bien antes el Reino estuvo representado por los estamentos (nobiliario y eclesiástico) y en nuestro tiempo por todos los ciudadanos, al menos teóricamente, porque en la práctica gobiernan los poderosos.

Fuente: José Manuel de BERNARDO ARES, «La Córdoba cristiana desde la triple perspectiva del espacio, del tiempo y de la persona en sociedad», en *La ciudad y sus legados históricos (V). Córdoba cristiana*, Córdoba, 2021, p. 376.

